

POSICIONES

Círculo Cívico de Opinión
Julio de 2020

COVID-19: CIUDAD Y URBANISMO

El impacto de la pandemia se ha sufrido especialmente en las ciudades, y proliferan los pronósticos sobre las transformaciones que van a experimentar en el próximo futuro, desde la influencia del teletrabajo en la demanda de espacio de oficinas hasta las nuevas formas de movilidad urbana. Pero la Gran Reclusión nos ha hecho agudamente conscientes de su dependencia del territorio circundante, de las redes infraestructurales y de la logística del transporte para obtener la energía y el alimento que permite subsistir a sus habitantes, y es razonable imaginar que los procesos de cambio inducidos por el virus afecten también al ámbito rural y a los espacios naturales.

En todo caso, el vigor económico y social de las ciudades se va a poner a prueba, en un desafío de mayor envergadura que los suscitados por los ataques terroristas, la crisis financiera o el populismo político enfrentado a las élites urbanas. The Economist del 15 de junio publica un extenso análisis sobre las ciudades y la pandemia, subrayando los riesgos epidemiológicos de la densidad, pero defendiendo también las metrópolis como crisoles de innovación, motores económicos y escuelas de ciudadanía, a lo que deberían añadirse las ventajas de la compacidad urbana frente a la emergencia climática.

*El **Círculo Cívico de Opinión**, a su vez —y como parte de la serie dedicada en sucesivas entregas al análisis de la crisis provocada por la pandemia—, ofrece aquí sobre el tema cuatro aportaciones de otros tantos reputados arquitectos. Primero, unas consideraciones generales sobre el contexto de tal desafío, y sobre el futuro posviral de ciudades y paisajes, escritas por el miembro fundador del Círculo Luis Fernández-Galiano, director de la revista Arquitectura Viva. De las páginas de esta (nº 225, junio, 2020) proceden los tres artículos que siguen luego; en ellos, tras una reveladora perspectiva histórica que contempla conjuntamente ciudades, edificios y epidemias, se abordan, por una parte, los ya perceptibles cambios urbanos y, por otra, el imprescindible replanteamiento de las residencias de mayores, escenarios de los episodios más ominosos de la crisis vírica.*

LA CIUDAD Y EL TERRITORIO TRAS EL VIRUS

Luis Fernández-Galiano

Arquitecto, catedrático de Proyectos en la ETSAM

Director de las revistas AV/Arquitectura Viva

De un mercado feral nos llegó ‘una mala noticia envuelta en proteínas’, y Wuhan iba a ser el Chernóbil de China. Pero el confinamiento masivo dibujó una historia de éxito, y por la nueva Ruta de la Seda viajaron a Europa mascarillas y equipos. En la pugna ideológica y geopolítica, el consenso de Pekín avanza frente al consenso de Washington, y la disciplina confuciana se mide con la democracia liberal, porque en tiempos de tribulación el miedo hace preferir seguridad a libertad.

Europa se ha hecho en las crisis, pero la emergencia vírica ha abierto grietas entre las hormigas calvinistas y las cigarras católicas, sin duda menos importantes a la larga que el retorno del Estado Nación. Es posible que la mutualización de los riesgos exija la vigilancia de los hombres de negro; sin embargo, la decepcionante respuesta solidaria ha trasladado el foco al esfuerzo independiente de cada país para enfrentarse a la pandemia y caminar hacia una mayor autosuficiencia.

Las tentaciones autoritarias de muchos gobernantes elegidos han hecho temer el surgimiento del ogro filantrópico como un Leviatán que te protege sometiéndote a su poder absoluto. La naturaleza excepcional de los estados de alarma sanitarios, sin embargo, no remite tanto a Hobbes como a Carl Schmitt, y a la peligrosa ventana de oportunidad que abre para aquellos que admiran regímenes totalitarios, cuando los gobiernos se saben soberanos para decretar el estado de excepción.

La retórica bélica ante poblaciones sumisas, consagrada equívocamente por la unanimidad sonriente de los aplausos, oculta no obstante la fragilidad de los Estados, manifiesta en la ausencia de prevención, la lentitud de respuesta y la precariedad de los medios materiales disponibles. Ante la inevitable próxima epidemia, no necesitamos más héroes sanitarios como los de ahora, sino más ciencia y mejor administración, y esa será la más eficaz expresión de nuestro duelo.

Una vez superada la actual etapa del aterrizaje como puedas en la pista oximorónica de la ‘nueva normalidad’, la difícil regeneración del tejido productivo deberá tender hacia la autonomía agrícola, sanitaria, industrial y tecnológica, pero sin que el énfasis en lo local oculte la necesaria recuperación de las cadenas de suministro en la economía global, y sin que la atención a lo material frente a lo virtual desdibuje el imprescindible reforzamiento de las infraestructuras digitales.

Si huimos del coronapesimismo, cabe preconizar un *green digital deal* que use la pandemia como estímulo para llegar a un pacto social y generacional ante ese dinosaurio que,

cuando despertemos, seguirá ahí: el cambio climático. El desplome de la actividad ha beneficiado al planeta, pero la España urbana deberá usar energías renovables, la España vacía hacerse digital, y la España turística transitar de Florida a California para mirar de frente a un futuro que será verde o no será.

CIUDADES

El alejamiento que impide la propagación del virus va a transformar nuestros hábitos, y el futuro inmediato se perfila como un paisaje de partículas elementales que se desplazan evitando el roce para situarse en los vértices de una malla regular que marca la distancia de seguridad. En esa distopía vamos a residir hasta que las pruebas diagnósticas, los antivirales y las vacunas vuelvan a hacer seguros los contactos, quizá dentro de dos años. Es un tiempo muy largo para nuestra experiencia individual o colectiva, pero muy corto para la vida testaruda de las ciudades, y es probable que la covid-19 no modifique las pautas urbanas como antes sí lo hicieron la peste, el cólera o la tuberculosis. Si acertamos a resolver sus problemas sanitarios, de congestión y de seguridad, la ciudad densa es nuestro mejor recurso para enfrentarnos a la emergencia climática, así que es dudoso el retorno a la insostenible ciudad dispersa.

La experiencia del confinamiento hará reclamar mejores estándares de soleamiento y relación con el exterior en futuras viviendas, la extensión del teletrabajo y el teleaprendizaje cambiarán prácticas laborales y escolares, y el rigor de las rutinas higiénicas debilitará la sociabilidad espontánea de tantas culturas del contacto. La morfología arquitectónica, sin embargo, mostrará la inercia que le es propia, determinada como está por los recursos técnicos y las constricciones del entorno. Aunque mamparas y marcas de distancia colonicen hoy los espacios antes francos, y aunque reconozcamos los rasgos positivos de las ocasionalmente despreciadas plantas celulares, el virus no acabará con las oficinas paisaje o con las grandes salas. Las normas que regulan el aforo de los locales serán seguramente más exigentes, y aquellas que certifican la calidad de los materiales de construcción pondrán más énfasis en la facilidad de su limpieza y su comportamiento ante los gérmenes, pero su influencia en la forma de los edificios no será grande.

Cuando salgamos de esta pesadilla vírica, la reconstrucción económica tendrá previsiblemente un componente preventivo frente a futuros brotes epidémicos, con más inversión en infraestructura sanitaria, investigación biomédica y autoabastecimiento de medicinas y equipos; pero también deberá enfrentarse a la reducción de los desplazamientos de mercancías y personas, que afectará a las cadenas de suministro lo mismo que al turismo, y que ayudará a templar la actual hiperglobalización. Es inevitable desear que este proceso de reforma de las estructuras productivas sea a la vez digital y verde, usando las redes y la inteligencia artificial al tiempo que se lleva a cabo la transición energética, lo que también dará nuevos usos a territorios poco poblados. Si la humanidad sabe convertir esta crisis en una oportunidad, se moverán menos las gentes y las cosas, el consumo de proximidad se preferirá al lejano, y el tiempo pausado al vertiginoso: viviremos más juntos en 'la ciudad de los quince minutos', que es el nombre que hoy damos a la *neighbourhood unit* de los reformadores urbanos, o al barrio de toda la vida.

TERRITORIOS

El paisaje es una geografía voluntaria. La visión idílica del paisaje como una naturaleza intacta es desmentida por la experiencia y la memoria. Conformados por fuerzas económicas, ambientales y culturales, los panoramas del planeta no son el mero resultado de la geología, la botánica y el clima: antes bien al contrario, están modelados por la historia, y son ellos mismos documentos que dejan constancia de las mutaciones políticas, jurídicas y sociales acaecidas en el transcurso del tiempo. Carl Schmitt quiso encontrar en ‘la ley de la tierra’ el fundamento de la justicia, y esa visión mítica inspira hoy al ecologismo que propugna la recuperación de paisajes ancestrales, pero el desafío contemporáneo reside más bien en poner el paisaje al servicio de la sostenibilidad.

Cuando la acción humana está provocando la fusión de los glaciares o los casquetes polares, parece inútil hablar de paisajes antropizados para oponerlos a las tierras vírgenes, porque los habitantes del Antropoceno sabemos que no existen territorios ajenos a nuestro impacto, descrito a menudo en términos catastróficos por sus consecuencias indeseadas, pero en origen motivado por la voluntad de usar el entorno en nuestro beneficio. No otra cosa podemos hacer en un momento en que la emergencia climática obliga a descarbonizar la economía, un empeño global que producirá la metamorfosis de muchos paisajes. Pero el *green digital deal* no conduce a ciudades jardín y a campos bucólicos, sino a urbes compactas y complejas, y a territorios donde se despliegan los colectores solares y los molinos eólicos que permiten obtener energías renovables.

La visión del paisaje como naturaleza agreste o como refugio de la agitación ciudadana alimenta las utopías desurbanistas y los movimientos neorrurales, pero excluye las miradas que contemplan ese *hinterland* como el principal depósito de los flujos de alimentos y energía que hacen posible la vida urbana. Y en este punto de inflexión histórico, en que debemos abordar la reanimación de unas economías puestas en coma inducido para frenar la propagación del coronavirus, nada es más urgente que la construcción de los paisajes que hagan posible la transición energética del *green digital deal*. Aunque no sean verdes.

CIUDADES, EDIFICIOS Y EPIDEMIAS: UNA APROXIMACIÓN HISTÓRICA

Eduardo Prieto

Arquitecto y licenciado en Filosofía, es profesor de la ETSAM

Autor de Historia medioambiental de la arquitectura

Roma, 52 D.C. Una epidemia se ceba con la Urbs recientemente engalanada con monumentos de mármol. Una Roma que, además, cuenta desde tiempos inmemoriales con la Cloaca Máxima, que Augusto había ordenado limpiar, ampliar, atender con un cuerpo de mantenimiento y asociar a la protección de una diosa tutelar, la Venus Cloacina. Así y todo, la infraestructura no da abasto para evacuar los 45.000 kilos de excrementos humanos que produce la capital cada día. Mueren en la *caput mundi* unas 40.000 personas. Pasada la crisis, el emperador Claudio prohíbe el saludo con besos en la mejilla.

Constantinopla, 542. La voz popular afirma que los ángeles han bajado del cielo para levantar la cúpula de Hagia Sofia, pero tanto esplendor oculta miseria: en unas ratas transportadas desde Etiopía en barco —el bizantino es un mundo globalizado— llega la peste, que se extiende por las ciudades hacinadas. El emperador Justiniano manda abrir inmensas fosas comunes al otro lado del Bósforo. Mueren 300.000 personas en todo el orbe conocido. Un erudito con visos de profeta, Procopio de Cesarea, afirma que la epidemia es fruto del cambio climático.

Florencia, 1348. A la salida de misa en Santa María Novella, un grupo de jóvenes aristócratas deciden huir de la ciudad apestada. Se reúnen en una villa a las afueras y pasan la cuarentena contándose historias. Todo ello lo imagina Bocaccio en su *Decamerón*, un libro escrito durante los años más duros de la ‘peste negra’ y que tiene algo de autobiográfico. La pandemia mata, solo en Europa, a unos 25 millones de personas, más de la mitad de la población.

Santo Domingo, 1518. La viruela arriba a América en las naos españolas. Unos años antes, la gripe había viajado en el cuerpo de Colón. Por causa de los microbios importados, la población caribe pasa de unos 250.000 habitantes en 1492 a 14.000 en 1518. En 1520, Francisco de Eguía, un soldado de la expedición de socorro a Hernán Cortés, lleva la viruela a México. Es el comienzo de otra catástrofe.

Madrid, 1625. Felipe IV, el Rey Planeta, manda levantar una cerca en torno a su capital. Su propósito es menos defender a los habitantes que confinarlos durante las cuarentenas.

Londres, 1854. La ciudad está en alarma. El cólera se ceba con la población. Tras los brotes de 1817 y 1829, es el tercer episodio de una pandemia que ha dejado millones de muertos en todo el mundo, de ellos 35.000 solo en Londres. En un ambiente de pánico, John Snow, un oscuro médico, traza un mapa donde marca con puntos las viviendas infectadas, y se da cuenta de que la densidad de marcas aumenta en torno a una calle, Broad Street.

En ella hay una de esas bombas de agua que dan suministro a los barrios londinenses. Snow descubre algo que cambiará la medicina y las ciudades: la enfermedad no proviene del suelo putrefacto, como se creía, sino del agua contaminada por las heces. Poco después, Victor Hugo da pábulo al descubrimiento sentenciando que la historia de la humanidad «se escribe en las alcantarillas».

Roma, Constantinopla, Florencia, Santo Domingo, Madrid, Londres: son muchos los ‘momentos estelares’ de la historia de las infecciones, y todos sugieren que el coronavirus no es una excepción, sino un episodio más de nuestra larguísima historia ‘urbanomicrobiana’. Una historia que se aceleró cuando empezamos a juntarnos en esos depósitos de prosperidad, poder y sabiduría, pero también de infección, que son las ciudades. Comer pan todos los días, quedar protegido por unas murallas y acceder al conocimiento implicó pagar el precio probable de morir por una plaga. Desde el principio, la ciudad fue la casa grande para el hombre, como el cuerpo humano lo era para los virus y las bacterias.

Ahora, la pandemia del coronavirus ha puesto de manifiesto la fragilidad esencial de nuestro modo de vida y nuestra dependencia de la biotecnología. Sin vacunas, el *homo faber* hubiera sido siempre un *homo vulnerabilis* o acaso solo un *homo patiens*, lo cual nos lleva a pensar cómo se las apañaron nuestros antepasados para hacer frente a las epidemias. La respuesta es sencilla. Hicieron lo mismo que hemos hecho nosotros a través del confinamiento y la distancia social: recurrir al espacio para resolver el problema de la ciudad con más ciudad. La lucha contra la infección ha sido, en rigor, la lucha de las ciudades consigo mismas a lo largo de su historia; una historia muy compleja que puede abordarse tal vez mediante tres paradigmas: el miasmático, el higienista y el inmunitario.

EL PARADIGMA MIASMÁTICO

Aunque equivocado y poco eficaz, el primero de los paradigmas fue también el más influyente y duradero. Lo fue porque, aparte de resultar persuasivo, tuvo la ventaja de estar refrendado por el prestigio de la Antigüedad clásica. Fue Hipócrates, el padre de la medicina, quien sentó las bases del paradigma en una obra hoy conocida solo por los eruditos pero capital en la historia de la civilización: *Sobre los aires, aguas y lugares*. La idea fundamental de Hipócrates era la salud como equilibrio entre los cuatro elementos (aire, fuego, tierra, agua) de la naturaleza —cosmos— y los cuatros ‘humores’ (sangre, bilis amarilla, bilis negra, flema) del cuerpo humano —microcosmos—. Como se creía que este equilibrio podía quedar roto habitando en lugares insanos, las tesis de Hipócrates dieron pie a una geografía o topografía médica que, más que la curación en sentido moderno, tenía por objeto la prevención, y que dependía para ser efectiva de la elección de ambientes sanos: lugares situados en climas habitables y que estuvieran libres de las emanaciones pútridas del terreno o los cuerpos muertos, los llamados ‘miasmas’.

Convertidas en lugares comunes de la Antigüedad, las ideas médicas de Hipócrates y su legión de fámulos dejaron una profunda huella en la arquitectura. Sobre todo en el tratado de Vitruvio, que contiene una prolija parte terapéutica en la que se abordan cuestiones

como el clima, la elección de los emplazamientos saludables, la relación entre función y orientación solar, o la exposición de las ciudades y edificios a los vientos dominantes.

A través de Vitruvio, las tesis de Hipócrates revivieron con el Renacimiento. Los tratados de Alberti, Palladio y principalmente Scamozzi actualizaron las viejas ideas miasmáticas con las innovaciones de la ciencia de su época, y apuntalaron la idea de que construir era en buena medida elegir un lugar libre de miasmas y erigir sobre él un cobijo para proteger la salud del cuerpo. Este hipocratismo caló tan hondo, que se extendió incluso a la política: en el siglo XVI, el Consejo de Indias castellano dictaminó que la erección de las nuevas ciudades en América tenía que hacerse de acuerdo a los principios de la geografía médica, y ello hasta el punto de que, cuando la ciudad no estuviera enclavada en lugares sanos, podía decidirse su abandono y eventual refundación, cosa que, por cierto, se hizo decenas de veces durante la colonización del Nuevo Mundo.

Por su poder explicativo, su anclaje en el sentido común y su nimbo clásico, el paradigma miasmático consiguió salir ileso de la Revolución Científica, pero tomó nuevas formas. A finales del siglo XVII, el médico Thomas Sydenham —el llamado «Hipócrates inglés»— afirmó que las epidemias eran provocadas por «alteraciones secretas e inexplicables de la atmósfera», tesis que actualizaba la vieja teoría de los miasmas. A Sydenham siguieron autores como Johan Arbuthnot, que en 1733 postuló que la fuente de las infecciones eran las emanaciones vaporosas de los cuerpos muertos o los lugares infectos, y recomendó recurrir al ‘buen aire’ —frente al ‘mal aire’ o *malaria*— como «instrumento principal de la salud». Estas tesis comenzaron a apuntar a la idea de que la topografía médica debería dejarse en manos de ‘especialistas’, lo que supuso una segunda oleada —tras la primera, hipocrática— de ‘medicalización’ de la arquitectura: los médicos empezaron a colaborar con los arquitectos en el diseño de prisiones y hospitales; las autoridades realizaron encuestas médicas para cartografiar los lugares insanos; los cementerios se alejaron de las poblaciones; y las ciudades se dotaron de infraestructuras saludables como fuentes, alcantarillas y árboles. De este modo, los últimos coletazos del viejo paradigma ambiental de Hipócrates se confundieron con los tiempos reformistas de la Ilustración.

EL PARADIGMA HIGIENISTA

Para hacerse una idea de lo que supuso la irrupción del higienismo a mediados del siglo XIX en Europa basta con evocar novelas de Charles Dickens o las litografías de Gustave Doré, que presentan un Londres asfixiado por la niebla, el humo y la miseria social. En la capital británica —como en el resto de las grandes ciudades de Europa y América—, la contaminación industrial se había aliado con el hacinamiento y la falta de recursos para construir escenarios de pesadilla miasmática. En este contexto, las medidas reformistas que habían tomado los Gobiernos ilustrados del siglo XVIII demostraron ser insuficientes: no valían ni para resolver los problemas de contaminación ni tampoco para reducir la incidencia de las pertinaces epidemias de cólera o tifus que diezmaban las ciudades. En rigor, la respuesta adecuada al problema no fue posible hasta que Snow descubrió que las enfermedades no dependían de los miasmas, sino de un agente mórbido que se transmitía fundamentalmente por el agua. Así nació la higiene moderna, que mutó

pronto en una higiene social cuyo ambicioso propósito era transformar todo el hábitat urbano.

Concebida como una tecnología para gestionar la población, la higiene social se impuso de arriba abajo, y utilizó como instrumento el mismo objeto que pretendía sanar: la ciudad industrializada. Esta política alentó las grandes intervenciones urbanísticas de mediados del siglo XIX, que permitieron controlar los focos de infección y garantizaron el futuro de las urbes.

Dos grandes capitales, Londres y París, llevaron la delantera al resto, y en ambos casos la reforma higiénica se hizo depender de sendos cirujanos de hierro. En Londres, Joseph Bazalgette, responsable de la Junta de Obras Públicas, construyó en poco más de una década 134 kilómetros de galerías principales de alcantarillado y otros 1.800 de secundarias. El criterio con que estas se dimensionaron fue sencillo: si el cálculo de necesidades pedía, por ejemplo, que la galería tuviera un diámetro de dos metros, Bazalgette, pensando en el futuro, exigía que se construyera de cuatro. Más espectacular si cabe fue la intervención del prefecto de París, barón Haussmann. Tras convencer a Napoleón III de que la capital francesa debía asemejarse a la Roma imperial también en su presunta salubridad, demolió manzanas enteras para abrir amplios bulevares, sembró la ciudad de parques y jardines, instaló una red moderna de iluminación y, sobre todo, excavó 560 kilómetros de amplísimas galerías que permitieron el suministro de 180 litros de agua potable por persona al día y aseguraron la eliminación eficiente de los residuos inmensos generados por la urbe, no solo los de entonces sino también los de hoy. Concebidas para monumentalizar y medicalizar la ciudad, las reformas de París y Londres abrieron camino a un modelo urbano que hacía de la higiene su argumento social, y de las infraestructuras su herramienta prioritaria. El modelo urbano moderno.

Pero, más allá del carácter científico con que se presentó en su época, la higiene no fue un instrumento neutral. Se aplicó desde unos principios ideológicos paternalistas y clasistas que concebían la higiene material también como una higiene moral o incluso racial. El mejor representante de esta actitud fue Edwin Chadwick, gran adalid del higienismo británico, que, en los repetidos informes que fue publicando desde 1842, denunció las condiciones insalubres de los barrios obreros, y sus subsiguientes taras físicas y morales. Todo ello con un propósito de gran alcance —la «celebración de la salud y el vigor ingleses»—, que hizo que la higiene comenzara a acercarse peligrosamente a la eugenesia, una confusión que no hizo sino acrecentarse conforme avanzaba el siglo y que, más tarde, hallaría su punto culminante en las doctrinas nazis.

Las campañas de Chadwick, en cualquier caso, dieron pie a trabajos tan novedosos como los mapas de contaminación infecciosa que identificaban las partes poco saludables —y poco recomendables— de la ciudad, y tuvieron como efecto más perdurable una concienciación social que transformó la higiene en un valor indiscutible de la clase media.

Varios fueron los frutos de la concienciación higienista. En primer lugar, las reiteradas campañas por la habitación saludable, que enaltecieron los aparatos higiénicos como el inodoro y las cañerías, y en las que el bienestar de la casa se confió a los técnicos y las

mujeres: «Si las fontaneros y amas de casa hicieran bien su trabajo, no harían falta médicos», rezaba un conocido eslogan de la época. En segundo lugar, la aparición de cientos de tratados sobre ventilación y calefacción escritos por médicos, ingenieros y arquitectos —en este orden—, en los que la salud se ligaba al desarrollo técnico y a un nuevo concepto cada vez más importante: el confort. Finalmente, el nacimiento incluso de un nuevo tipo de literatura utópica inspirada en la salud, con títulos como *Hygeia: A City of Health*, un *best-seller* publicado en 1874 por Benjamin Ward Richardson, el padre de la medicina preventiva.

Todo lo anterior evidencia un hecho interesante: en el paradigma higiénico, la salud se abordó como un problema resoluble mediante el concurso del urbanismo, la arquitectura y la técnica, pero cuyos responsables no eran tanto los especialistas como los propios interesados, el público general. De esta actitud da fe el hecho extraordinario de que a la Exposición Internacional de la Higiene celebrada en Londres en 1884 acudieran cuatro millones de personas provenientes de todo el mundo.

EL PARADIGMA INMUNITARIO

Pese a que sus éxitos siguen pareciéndonos asombrosos, la ciudad moderna e infraestructural del siglo XIX no hubiera resultado tan eficaz sin la ayuda de un instrumento revolucionario aunque poco arquitectónico: la vacuna. Inspirada en los hallazgos de Snow en Londres, y desarrollada por Louis Pasteur en los tiempos en que Haussmann transformaba París, la vacuna consiguió hacer del *homo sapiens* un *homo immunis* —al menos en Occidente—, y relegó a un segundo plano los métodos epidemiológicos tradicionales, basados en el control topográfico y geográfico de las poblaciones.

Sin embargo —y por mucho que el paradigma tradicional fuera dejando paso al bacteriológico o inmune—, las doctrinas higiénicas tal y como las entendía la clase media no perdieron fuerza. Ocurrió, de hecho, todo lo contrario: con la llegada del siglo XX, la obsesión higiénica se hizo mayor debido a las epidemias de tifus, gripe y tuberculosis, así como a la irrupción de las nuevas teorías urbanísticas y terapias ‘naturalistas’ que postulaban el retorno del cuerpo humano a la luz natural y el aire libre, es decir, a las «verdades esenciales de la arquitectura», tal y como las denominaría más tarde Le Corbusier.

Aunque los médicos sabían que la verdadera batalla contra virus y bacterias debía presentarse en el campo de las vacunas y antibióticos, la prescripción de respirar aire fresco y exponerse a los llamados ‘baños de sol’ hizo mella en el imaginario popular. Y lo hizo hasta el punto de que los arquitectos modernos la convirtieron en una suerte de coartada que, so pretexto de hacer de la arquitectura un instrumento de sanación, se apropiaba —para reinterpretarla— de la imagen limpia, blanca, depurada, aérea, de los hospitales. Ello explica que en las casas de las vanguardias de 1920 no faltaran casi nunca terrazas, solárium, gimnasios, grandes ventanales y, a veces, incluso huertos domésticos; todos ellos señas de la idea un hábitat ‘verde’ o un *Umwelt* de inspiración biológica, sostenidos en el dogma de la ‘vida al aire libre’.

La derivada urbanística del dogma de la casa-abierta y la casa-sanatorio se hizo pronto evidente: el soleamiento se convirtió en el principio del trazado de las calles y manzanas; se apostó por la ‘ciudad jardín’ poco densa o por la densidad en altura para liberar el suelo y destinarlo a inmensos e improbables parques —«¡Hay que plantar árboles!», exclamaba Le Corbusier—, y al mismo tiempo se zonificó la ciudad para alejar las zonas productivas de las habitacionales, por mor de la salubridad y la eficacia en el transporte.

Por supuesto, el ideal de modelar al individuo moderno a través del ambiente no era más que un simple anacronismo. Lo era porque no hacía sino actualizar el higienismo ‘victoriano’, en su confianza en imponer la salud desde arriba y a través del espacio; lo era también porque reinterpretaba, con un vocabulario nuevo, las viejas tesis hipocráticas de conformidad entre el cuerpo y el entorno; y lo era, sobre todo, porque resultó al cabo mucho menos eficaz que sus precedentes del siglo XIX. Por mucho que las casas se asimilaran a los sanatorios para tuberculosos, y por mucho que se quisiera hacer de las ciudades paraísos helioterápicos, la tuberculosis y el resto de enfermedades que aún suponían un reto a principios del siglo XX solo pudieron controlarse totalmente gracias a la vacuna y la penicilina. Gracias a los poderes de la inmunización.

El paso definitivo al paradigma inmunitario se dio tras la II Guerra Mundial. En Occidente, las nuevas herramientas médicas permitieron controlar y casi erradicar las enfermedades más prevalentes, de manera que la idea de mantener a raya la enfermedad a través del espacio se volvió en buena medida extemporánea. El modelo inmunitario no parecía necesitar del urbanismo y la arquitectura, y los diseñadores comenzaron así a preocuparse por otros asuntos como el tráfico, la información, el confort o la historia, los temas de la segunda mitad del siglo XX. Acaso no sea una casualidad, en este sentido, que los decenios de calma epidémica —los años dorados de la inmunización— hayan coincidido con los del auge de la socialdemocracia y el capitalismo liberal, de manera que es probable que uno y otro periodo caigan a la vez. La crisis económica fue el primer aviso. El segundo, la crisis climática. Con el tercero, la crisis pandémica, la historia urbanomicrobiana vuelve a su cauce.

EL URBANISMO DE LA DISTANCIA SOCIAL

José María Ezquiaga

Arquitecto, profesor de la ETSAM y Premio Nacional de Urbanismo

Exdecano del COAM

En los últimos años, cuando recordábamos que la batalla decisiva contra el cambio climático se libraría en las ciudades, pocos podíamos imaginar que estas se encontraban en el umbral de librar otra batalla contra un enemigo insidioso, cruel e invisible. Los grandes combates epidémicos del pasado han dejado una profunda huella en nuestras sociedades, pero también un legado duradero y todavía reconocible en las herramientas de planificación urbana: del control administrativo de la ciudad zonificada a la evaluación estadística del riesgo, la gestión de las infraestructuras vitales y la formulación de la vivienda mínima habitable.

No deja de resultar paradójico que la experiencia insólita del confinamiento domiciliario haya puesto de nuevo en primer plano de actualidad esta última cuestión, al evidenciar la permanencia invisible de numerosas viviendas que no alcanzan los mínimos criterios de habitabilidad básica. En consecuencia, es ineludible activar acciones de rehabilitación y renovación del parque residencial, principalmente en los centros urbanos, actualizar las normativas de habitabilidad básica de la vivienda y excluir del mercado residencial y turístico aquellas viviendas que no los alcancen.

La actual emergencia sanitaria parece devolvernos a las etapas sombrías de las cuarentenas, cuando la calle, la plaza y el mercado eran un peligro. Tendremos que hacer un enorme esfuerzo para aprender de esta experiencia nuevos modos de gestionar la ciudad sin renunciar a la vida social. Pero no hay duda de que la ciudad del bienestar, sustentada sobre un replanteamiento de las relaciones entre los habitantes, el medio urbano y la naturaleza, es un paradigma llamado a perdurar e imponerse sobre las emergencias temporales.

Otro elemento clave de la renovación del pensamiento urbanístico ha sido la opción de la ciudad densa y compacta. De pronto, la clave del éxito de las ciudades —la proximidad de muchas personas— deviene en vulnerabilidad frente a la pandemia, y la densidad aparece ahora como una amenaza. Sin embargo, una visión más amplia cuestiona la relación causal entre la densidad urbana y el impacto del coronavirus. Recordemos que algunos de los núcleos urbanos más densos del mundo —Hong Kong, Singapur, Seúl o Tokio— han logrado contener la epidemia utilizando estrategias alternativas al confinamiento. Al mismo tiempo, asentamientos de menor tamaño y densidad han sufrido serios impactos. Hay otras variables vinculadas al conocimiento, a la organización social, a la calidad de las infraestructuras vitales o al modo de gestión de la epidemia que están incidiendo significativamente en el impacto. Como ha recordado Richard Florida, es necesario considerar el tipo de densidad: existe una diferencia evidente entre los distritos densos de mayor renta —donde las personas pueden protegerse en sus hogares, teletrabajar, mante-

ner la distancia social en el espacio público— y los barrios de rentas más bajas en los que la densidad se expresa como hacinamiento residencial, déficit de espacio público, escasez de servicios y congestión de los sistemas de transporte.

Sea como sea, desde el punto de vista ambiental la densidad del hábitat urbano es clave para la reducción del consumo energético, emisiones de gases de efecto invernadero, huella urbana y pérdida de suelo agrícola. Hace también posible una movilidad limpia prioritariamente peatonal en las cortas distancias y un transporte público eficiente para la movilidad obligada a escala metropolitana.

El transporte público es un activo irrenunciable de las grandes ciudades. Su preservación y eficiencia es el gran reto en las actuales circunstancias de emergencia sanitaria. Para conseguirlo es clave su adaptación: mayor nivel de frecuencia y extensión de la red para facilitar el mantenimiento de la distancia física y rediseño del conjunto del sistema para que no sea percibido como una amenaza para el usuario. En este sentido, la redundancia y multiplicidad escalar de las redes de infraestructuras urbanas, sanitarias y de protección civil permiten una respuesta resiliente del conjunto en caso de quiebra de alguno de los elementos del sistema, como ocurrió en el caso del 11-S o del Huracán Sandy en Nueva York.

LA CIUDAD CERCANA

La epidemia ha desestabilizado el espacio público y las infraestructuras vitales de la ciudad y abre, en consecuencia, la posibilidad de impulsar tendencias disruptivas con la gestión urbana convencional. La experiencia del confinamiento durante la pandemia ha evidenciado las ventajas de los lugares donde la gente vive suficientemente cerca para acceder peatonalmente a los servicios que necesita y los beneficios colaterales de la reducción de la movilidad: la visible mejora de la calidad del aire y la reducción del ruido. Por otra parte, ha hecho patente el conflicto entre un espacio público al servicio del automóvil y la movilidad peatonal y las demandas de las actividades económicas a pie de calle, en particular la hostelería.

Todo ello hace necesario un nuevo contrato cívico en favor del peatón y la sensibilidad hacia las necesidades de los diversos segmentos de la población urbana, empezando por los más vulnerables: niños y mayores. No solo se trata de ampliar las aceras temporalmente para mantener la distancia de seguridad, cuanto de redefinir el papel del espacio público desde nuevos criterios: prioridad al confort y seguridad peatonal, y fomento de la más amplia variedad posible de actividades económicas y equipamientos para asegurar la vitalidad de las calles. Estas acciones son perfectamente compatibles con estrategias ambiciosas de renaturalización de la ciudad sustentadas en una infraestructura verde multiescalar que atienda desde la más diminuta esquina de barrio hasta los grandes espacios naturales y rurales de escala regional.

En este contexto, es evidente que la planificación del espacio —propia del urbanismo convencional— resulta ser una herramienta insuficiente para gestionar la complejidad

urbana contemporánea: se hace necesario incorporar una visión prospectiva de la gestión del uso social del tiempo.

Durante la emergencia sanitaria nos hemos visto sometidos a una regulación horaria de la utilización del espacio público. Esta circunstancia nos ha hecho conscientes de las limitaciones de dicho espacio público y de la importancia de su calidad. Pero el salto cualitativo debe hacerse en la esfera de las relaciones laborales y la movilidad. El achatamiento de las horas punta en las infraestructuras de transporte público y tráfico privado no solo dependerá de la mejora de las infraestructuras, sino, en mayor medida, de una gestión inteligente del tiempo, donde las nuevas herramientas de *smartcity* pueden encontrar una fructífera aplicación.

La primera medida, en este sentido, debería ser el escalonamiento flexible de los horarios comerciales, escolares y laborales, atendiendo a la localización geográfica. Esta medida puede complementarse con la permanencia duradera del teletrabajo en empresas y administraciones en combinación con el trabajo presencial en determinadas horas del día, o días de la semana.

La definitiva superación de la zonificación debe dar paso a una mezcla equilibrada de actividades económicas, ocio y residencia en cada una de las piezas del tejido urbano. Las ‘viviendas productivas’ del confinamiento —en las que han convivido trabajo y cuidados, conexión social e intimidad personal— son la vanguardia de una transformación muy profunda de la arquitectura residencial. Complementariamente, la extensión del teletrabajo impulsará las tendencias a un cambio radical en la concepción de los espacios de trabajo —en sinergia con usos dotacionales, comerciales o residenciales—, y abrirá una nueva dimensión a la reconversión y transformación de la ciudad.

LAS RESIDENCIAS TRAS LA PANDEMIA

Paz Martín Rodríguez
*Arquitecta, responsable del Programa de Mayores de la Fundación
Arquitectura y Sociedad*

La pandemia de la covid-19 ha colocado a las residencias de mayores en el punto de mira. Según una nota del CSIC publicada en abril de 2020, la mortalidad de los residentes en ellas es muy superior de la observada entre los residentes en sus propias viviendas. Por ello, resulta inevitable hacerse algunas preguntas: ¿debemos repensar las residencias? ¿Se deben medicalizar? ¿Qué cambios podemos esperar? Las presiones específicas que esta enfermedad ha provocado sobre este tipo de centros necesariamente determinarán la forma en que se deberán adaptar los actuales y se diseñarán las futuras residencias de personas mayores.

Una residencia para personas mayores es un centro de servicios sociales, no hospitalario, destinado a procurar una alternativa de alojamiento temporal o permanente. Sus objetivos son la atención de las necesidades personales básicas, terapéuticas y socioculturales de los residentes y el mantenimiento del máximo grado de autonomía de los mayores que se alojan en las mismas. En ellas se debe procurar alojamiento, manutención y una atención integral que favorezca el desarrollo personal. De titularidad pública o privada, las residencias están, con frecuencia, ubicadas en la periferia de las ciudades y pueblos, y su diseño viene dictado por la necesidad de eficacia y el consiguiente ahorro económico en la gestión.

Su tipo arquitectónico es eminentemente hospitalario y hotelero, de edificio en altura y con largos pasillos, grandes espacios comunes en la planta baja y amplias dotaciones de habitaciones dobles o individuales. Estas características las han convertido en lugares anónimos donde la atención resulta poco personalizada. Solo el 3,41% de las personas mayores de España vive en residencias, y, según las encuestas, estas son el lugar peor valorado para vivir por parte de los mayores, que prefieren quedarse en su propia casa el mayor tiempo posible.

Buscando el fomento de la autonomía, el respeto de la autodeterminación personal, el mantenimiento de la responsabilidad sobre la vida propia y, en paralelo, el derecho a recibir apoyo, diversos expertos en geriatría demandan desde hace años una revisión total del modelo actual de residencias; un modelo que fue abandonado hace ya décadas en otros países de la Unión Europea, como Dinamarca, Alemania y los Países Bajos, entre otros. La propuesta de estos nuevos modelos es ampliar la independencia y autonomía de las personas mayores al máximo, prolongando la estancia en viviendas independientes durante el mayor tiempo posible.

La naturaleza disruptiva de la pandemia ha confirmado lo que los expertos venían ya señalando: las propias viviendas han resultado ser los lugares más seguros para las per-

sonas mayores, y las tipologías de las residencias de mayores convencionales no han sido adecuadas para aislar a este colectivo ante la covid-19.

Para evitar o limitar la propagación del virus, las residencias de mayores se han visto obligadas a alterar radicalmente su funcionamiento: prohibición de visitas externas, cancelación de todas las actividades grupales, confinamiento en las habitaciones, separación de residentes en sanos, con síntomas y positivos, nuevos protocolos de higiene y de actuación de trabajadores, desinfecciones periódicas. En algunos casos, se ha llegado a tomar medidas extremas, como el confinamiento de los propios trabajadores en los centros con el fin de proteger a los residentes. La masificación, las bajas de un personal afectado por la enfermedad —ya escaso en origen— y la configuración de los propios edificios han convertido estas labores en una misión imposible.

La propia configuración de las habitaciones hace fácil imaginar el terrible confinamiento que muchos residentes han sufrido o están aún sufriendo. También hemos conocido a través de los medios de comunicación la escalofriante noticia de que, por el hecho de residir en uno de estos centros, tener edad avanzada o discapacidad, algunas personas se han visto privadas de recibir atención sanitaria. Sin embargo, esto no ha sucedido con las personas mayores que lo hacen en sus viviendas habituales.

DESPUÉS DE LA COVID-19

Las consecuencias de la pandemia deberían permitirnos sacar algunas lecciones básicas en relación con el modelo de residencias; lecciones que podemos presentar a través de varios conceptos fundamentales: el hospital frente al hogar; la idea de ‘separación conjunta’; la noción de lugares para la vida; la creación de nuevos espacios; la necesidad de permeabilidad frente al aislamiento; y la tecnología accesible.

Comencemos por la primera, el hospital frente al hogar. Cuando esta crisis acabe, cabría la tentación de seguir priorizando la seguridad y la salud por encima de todo. Pero eso no debe convertir los centros en hospitales. La combinación de reglas draconianas junto con el enfoque que asimila vejez a enfermedad lo único que consigue es privar a las personas de su independencia. Al conceder la máxima importancia a las cuestiones médicas, normativas e higiénicas se desvanece la imagen positiva de la vida.

En este sentido, el avance de la edad debería suponer un incremento de la libertad de decidir sobre nuestro propio bienestar personal. Si una persona quiere mantener el control de su vida por encima de todo y desea vivir «si no es en casa, como en casa», se le deberían ofrecer soluciones que le permitiesen hacerlo. Es necesario, pues, apostar por nuevos diseños y fórmulas organizativas y de gestión lo más similares al hogar, que garanticen la intimidad, personalicen los cuidados y eviten la continua rotación de profesionales.

Lo anterior podría llevar a investigar en la posibilidad de nuevos modelos basados en la noción de ‘separación conjunta’. Las duras lecciones que estamos aprendiendo de la crisis del coronavirus podrían sugerirnos diseños que enfatizen el uso de unidades fácil-

mente separables donde los residentes puedan vivir, socializarse, realizar actividades y comer juntos en grupos más pequeños. A tal efecto, unidades de convivencia de dieciséis personas máximo u otros modelos ajustados al grado de dependencia de los usuarios serían una solución deseable. Estas áreas podrían incluso tener distintos grados de asistencia médica, de manera que pudieran ser fácilmente compartimentadas y medicalizadas en caso de una futura epidemia.

Por otra parte, las residencias deberían empezar a concebirse como espacios para la vida. Las habitaciones deberían tener un espacio suficiente para realizar las actividades posibles de la vida cotidiana: baño individual, pequeño salón, incluso una *kitchenette*. Muy importante asimismo sería la conexión con el exterior a través de una pequeña terraza que contribuya al bienestar, también durante una eventual cuarentena.

Estas mejoras podrían complementarse con la creación de nuevos espacios. Visto el éxito del control de la propagación del virus en residencias donde los trabajadores se han aislado con los residentes, deberíamos pensar en nuevos formatos donde eventualmente fuera posible vivir y/o descansar en tiempos de aislamiento. Posteriormente, tales espacios podrían ser utilizados por familiares en sus visitas a las personas residentes.

Por otro lado, los modelos de ocupación deberían trabajar en el fomento de la permeabilidad entre franjas de edad y modos de vida. La vejez puede hacer difícil la dedicación a actividades nuevas o no convencionales. Sin embargo, el entorno en el que vivimos puede cambiar esto: cada vez más, los expertos aconsejan promover programas y espacios intergeneracionales a través de prácticas de encuentro y colaboración entre personas de diferente edad. Con este fin, será necesario investigar las posibilidades de nuevos espacios intermedios permeables y eventualmente controlables, que permitan introducir la vida exterior en las residencias: espacios híbridos de socialización con servicios compartidos con la comunidad que fomenten la integración y la participación social de las personas residentes. En tiempos de epidemia, esos espacios con acceso directo exterior podrían utilizarse como lugares de transición ‘contaminado-limpio’.

En este contexto de cambio, la tecnología debería desempeñar un papel importante. La presencia de la tecnología en las residencias no es una tendencia nueva, pero está acelerándose como resultado de la covid-19. Durante los días de confinamiento, muchos residentes han utilizado herramientas de comunicación remota. El uso de tales servicios probablemente aumentará en el futuro y requerirá una infraestructura tecnológica sólida. Navegar sin presionar botones, gracias al control por movimiento o voz, puede facilitar la interacción por parte de las personas mayores. En lo que toca a la tecnología, la filtración, purificación y tratamiento del aire serán también de vital importancia, y deberán utilizarse materiales más resistentes a los patógenos, antimicrobianos y que se limpien fácilmente. Todo esto sin olvidar, en ningún momento, que el diseño deberá dar pie a un espacio lo más parecido posible a un hogar.



Colección CUADERNOS

CUADERNOS 1

España: ante una encrucijada crítica.
Empleo, responsabilidad y austeridad. Diciembre de 2011

CUADERNOS 2

Empleo juvenil. Febrero de 2012

CUADERNOS 3

Plan y liderazgo. Lo urgente y lo importante en la política frente a la crisis. Marzo de 2012

CUADERNOS 4

Regular en tiempos de crisis. Mayo de 2012

CUADERNOS 5

Por una política presupuestaria más ambiciosa. Junio de 2012

CUADERNOS 6

Una democracia de calidad: valores cívicos frente a la crisis. Septiembre de 2012

CUADERNOS 7

Desafección política y sociedad civil. Noviembre de 2012

CUADERNOS 8

La investigación: una prioridad a prueba. Diciembre de 2012

CUADERNOS 9

Medidas para la reactivación del sector inmobiliario y la construcción. Mayo de 2013

CUADERNOS 10

Riesgos de pobreza, ingresos mínimos y servicios sociales. Noviembre/Diciembre de 2013

CUADERNOS 11

Mercado hipotecario: crisis y reforma. Noviembre de 2013

CUADERNOS 12

Por una reforma tributaria en profundidad. Febrero de 2014

CUADERNOS 13

La Formación Profesional ante el desempleo. Octubre de 2014

CUADERNOS 14

Empresas, función empresarial y legitimidad social de los empresarios. Noviembre de 2014

CUADERNOS 15

La reforma constitucional y Cataluña. Marzo de 2015

CUADERNOS 16

Recuperar para el empleo a los trabajadores menos cualificados. Abril de 2016

CUADERNOS 17

La transición energética y la Cumbre del Clima de París. Mayo de 2016

CUADERNOS 18

España y el riesgo del *Brexit*. Junio de 2016

CUADERNOS 19

Populismo: qué, por qué, para qué. Abril de 2017

CUADERNOS 20

Pobreza, crisis humanitarias y cooperación para el desarrollo. Septiembre de 2017

CUADERNOS 21

Economía y populismos. Octubre de 2017

CUADERNOS 22

Sobre el discurso del odio. Noviembre de 2018

CUADERNOS 23

Sobre la presidencia de Trump y las elecciones de noviembre. Diciembre de 2018

CUADERNOS 24

Ante el envejecimiento demográfico. Febrero de 2019

CUADERNOS 25

El bienestar complementario: la contribución de las empresas a la protección social. Abril de 2019

CUADERNOS 26

Europa, 2019. Mayo de 2019

CUADERNOS 27

El problema del control político de las televisiones públicas. Propuestas de reforma. Abril de 2020



Colección POSICIONES

1. POR UN PACTO DE ESTADO
Octubre de 2012

2. ECONOMÍA ESPAÑOLA: TAREAS PENDIENTES
Noviembre de 2012

3. CORRUPCIÓN POLÍTICA
Febrero de 2013

4. ECONOMÍA ESPAÑOLA: CORREGIR EL AJUSTE PARA INICIAR EL CRECIMIENTO
Mayo de 2013

5. OCHO MIL MILLONES DE EUROS DE AHORRO: LA COMPLEJA REFORMA DE LA ADMINISTRACIÓN LOCAL
Mayo de 2013

6. SUPERAR LA DESAFECCIÓN, RECUPERAR EL APOYO CIUDADANO
Julio de 2013

7. POR UN COMPROMISO NACIONAL DE REGENERACIÓN DEMOCRÁTICA
Octubre de 2013

8. CATALUÑA: A FAVOR DE LA CONCORDIA
Enero de 2014

9. ECONOMÍA ESPAÑOLA: LAS EXIGENCIAS DE UN CRECIMIENTO VIGOROSO
Febrero de 2014

10. ANTE LAS ELECCIONES EUROPEAS
Abril de 2014

11. ESPAÑA, LA APUESTA POR LA RENOVACIÓN. ABRIENDO LA PUERTA A LA REFORMA CONSTITUCIONAL
Octubre de 2014

12. ECONOMÍA ESPAÑOLA. EL REALISMO OBLIGADO. LA HORA DE LA POLÍTICA
Enero de 2015

13. POR UNA CULTURA DE PACTO Y COOPERACIÓN POLÍTICA
Mayo de 2015

14. ESPAÑA ANTE EL 27-S
Septiembre de 2015

15. NUEVA LEGISLATURA, NUEVO CICLO POLÍTICO: POR LA REFORMA Y EL PACTO
Noviembre de 2015

16. EL VALOR ECONÓMICO DE LA UNIDAD: CATALUÑA EN ESPAÑA
Diciembre de 2015

17. A FAVOR DE LA POLÍTICA: UN BUEN GOBIERNO ¡YA!
Febrero de 2016

18. EUROPA ANTE LA CRISIS DE ASILO Y REFUGIO: UN LLAMAMIENTO A LA RESPONSABILIDAD SOLIDARIA
Marzo de 2016

19. HACIA LOS ESTADOS UNIDOS DE EUROPA
Mayo de 2016

20. ANTE EL 26J
Junio de 2016

21. ELECCIONES PRESIDENCIALES USA, 2016: ENTRE EL VÉRTIGO Y LA RESIGNACIÓN
Septiembre de 2016

22. RECUPERAR LA CONFIANZA: POLÍTICA DE RESPONSABILIDAD SOCIAL DE LAS ENTIDADES BANCARIAS
Febrero de 2017

23. PACTO POR LA EDUCACIÓN PARA ESPAÑA
Marzo de 2017

24. ESPAÑA Y LAS OTRAS MONARQUÍAS PARLAMENTARIAS DEL SIGLO XXI
Noviembre de 2017

25. PREPARARSE PARA EL PRESENTE: DIGITALIZACIÓN Y EMPLEO
Febrero de 2018

26. ¿FINAL DE CICLO EN LA ECONOMÍA ESPAÑOLA? EL PAPEL DE LA POLÍTICA ECONÓMICA, HOY
Noviembre de 2018

27. POR UN GOBIERNO COHERENTE Y ESTABLE: NEGOCIAR Y PACTAR, PACTAR Y NEGOCIAR
Junio de 2019



28. ESPAÑA: RETOS ECONÓMICOS DE LA NUEVA LEGISLATURA
Julio de 2019

29. LA INVESTIGACIÓN EN ESPAÑA: EMERGENCIA INAPLAZABLE
Octubre de 2019

**30. SALIR DEL BLOQUEO DESPUÉS DEL 10 N.
LA GRAN RESPONSABILIDAD DE LOS POLÍTICOS**
Diciembre de 2019

31. COVID-19, ESPAÑA-20
Abril 2020

32. COVID-19: EL RETO CIENTÍFICO
Mayo 2020

33. PODERES DE NECESIDAD Y CONSTITUCIÓN. UNA EVALUACIÓN DEL USO DEL PODER DURANTE EL ESTADO DE ALARMA
Mayo 2020

34. COVID-19: LA POLÍTICA ECONÓMICA. CONFIANZA PARA SOSTENER, RECUPERAR Y TRANSFORMAR
Junio 2020

35. COVID-19: LECCIONES DE LA HISTORIA
Junio 2020

36. COVID-19: CIUDAD Y URBANISMO
Julio 2020

SOCIOS

Miguel Aguiló
Ingeniero de Caminos

Yolanda Barcina
Catedrática de Nutrición y Bromatología

Fernando Becker
Catedrático de Economía Aplicada

Victoria Camps
Catedrática de Filosofía Moral y Política

Luis Caramés
Catedrático de Economía Aplicada

Francesc de Carreras
Catedrático de Derecho Constitucional

Elisa Chuliá
Profesora de Sociología

Adela Cortina
Catedrática de Ética y Filosofía Política

Antonio Cortina
Director Adjunto del Servicio de Estudios
Banco Santander

Álvaro Delgado-Gal
Escritor

Luis Fernández-Galiano
Arquitecto

Juan Francisco Fuentes
Catedrático de Historia Contemporánea

José Luis García Delgado
Catedrático de Economía Aplicada

José Gasset Loring
Director de Relaciones Internacionales
Iberdrola

Josefina Gómez Mendoza
Catedrática de Geografía

Carmen González Enríquez
Catedrática de Ciencia Política

Fernando González Urbaneja
Periodista

José Luis González-Besada Valdés
Director de Comunicación y Relaciones
Institucionales de El Corte Inglés, S.A.

Rodolfo Gutiérrez
Catedrático de Sociología

Julio Iglesias de Ussel
Catedrático de Sociología
Fundación Juan-Miguel Villar Mir

Juan Carlos Jiménez
Profesor de Economía Aplicada

Trinidad Jiménez García-Herrera
Directora de Estrategia Global
de Asuntos Públicos, Telefónica

Emilio Lamo de Espinosa
Catedrático de Sociología

Antonio Llardén
Presidente de Enagás

Cayetano López
Catedrático de Física Teórica

Óscar Loureda
Catedrático de Traducción, Lengua Española
y Lingüística General

Alfonso Maldonado
Catedrático de Ingeniería Geológica

Francisco Mangado
Arquitecto

Araceli Mangas Martín
Catedrática de Derecho Internacional Público
y Relaciones Internacionales

Manuel Martín Rodríguez
Catedrático de Economía Política

Antonio Merino
Director de Estudios y Análisis del Entorno
Repsol YPF

Jaime Montalvo Correa
Vicepresidente Mutua Madrileña

Juan Mulet Meliá
Ingeniero de Telecomunicación

Santiago Muñoz Machado
Catedrático de Derecho Administrativo

Luis Oro
Catedrático de Química Inorgánica

Félix Ovejero
Profesor de Filosofía y Metodología
de las Ciencias Sociales

Benigno Pendás
Catedrático de Ciencia Política

José María Ruiz Soroa
Abogado

Javier Rupérez
Embajador de España

Eva Sáenz
Profesora de Derecho Constitucional

José Manuel Sánchez Ron
Catedrático de Historia de la Ciencia

José María Serrano Sanz
Catedrático de Economía Aplicada

Alberto J. Schuhmacher
Investigador en Oncología Molecular

Ángel Simón Grimaldos
Presidente Ejecutivo de Agbar

José Juan Toharia
Catedrático de Sociología

José Ignacio Torreblanca
Profesor de Ciencia Política

Fernando Vallespín
Catedrático de Ciencia Política

José Antonio Zarzalejos
Periodista

RAZÓN DE SER

Consolidada la democracia en el marco de un intenso proceso de modernización durante las últimas décadas, España ha de afrontar, en la Europa del siglo XXI, nuevos retos, con dificultades para encontrar un nuevo proyecto nacional aglutinador —como lo fue el de la transición—, por encima de los intereses partidistas de las prácticas que arraigan en otros particularismos.

No es sorprendente que, en este contexto, y pocos años después de haber dado por definitivamente resueltos los problemas que atezaron a regeneracionistas o noventayochistas, broten aquí y allá proyectos de “regeneración” y que incluso se hable de la necesidad de una “segunda transición”: para unos el modo de superar la primera, para otros el modo de hacerla finalmente efectiva. Ese ímpetu regenerador pone de manifiesto, en todo caso, que España no ha perdido el pulso y que la sociedad civil se inquieta ante el presente, buscando alternativas que nos devuelvan a una senda que se corresponda con un más activo papel internacional y sirvan para generar un nuevo proyecto nacional.

El Círculo Cívico de Opinión responde a ese clima ciudadano. Constituido en 2011 como foro de la sociedad civil, abierto, plural e independiente, alejado de los partidos pero no neutro (y menos neutral), su objetivo es ofrecer un vehículo para que grupos de expertos puedan identificar, analizar y discutir los principales problemas y dilemas de la sociedad española, pero con la finalidad de que esos debates, conclusiones y sugerencias puedan trasladarse a la opinión pública.

Para conseguirlo, el Círculo generará propuestas y sugerencias concretas, que serán sometidas al escrutinio de la opinión pública a través de los medios de comunicación, para que su voz pueda ser escuchada y se proyecte hacia afuera. El Círculo parte del convencimiento de que no es bueno que los partidos monopolicen el espacio de la política; esta debe estar abierta también a otros actores. Foros como el Círculo pueden contribuir a ello.

El Círculo Cívico toma la forma jurídica más simple, la de una asociación, y pretende trabajar con el mínimo posible de financiación y el mínimo posible de burocracia. Fundado por un grupo de ciudadanos preocupados por la marcha de la cosa pública, invita a todos los que puedan estar interesados a sumarse a su esfuerzo, contribuyendo tanto con apoyo económico como —lo que es más importante— con su talento y conocimiento.

CÍRCULO CÍVICO DE OPINIÓN

www.circulocivicodeopinion.es
